

Charles Reznikoff

LAS AGUAS DE MANHATTAN

Traducción del inglés de
Eugenia Vázquez Nacarino

 Siruela

Libros del Tiempo

PRIMERA PARTE

Ezekiel y Hannah Volsky vivían en el patio del barón Chichiroshan en la ciudad de Elisavetgrado, Rusia; en un dormitorio, comedor y cocina en el cobertizo. Cerca pasaba el río Inhul. Sus hijos tenían un gran jardín donde jugar y allí el hijo del barón, Peter, a menudo jugaba con ellos. El barón se encariñó de Israel, el hijo menor. Lo llamaba «el pequeño rabino», y le regaló un gorro de pieles y ropa usada de Peter.

Aquel fue un verano feliz para Michael, el mayor, Israel y Sarah Yetta. Se pasaban el día buscando bayas y flores en el jardín. (Qué ganas tenía ella de ir a la escuela como sus amigas, con los libros bajo el brazo; le preguntaba a su padre una y otra vez: «¿Cuándo voy a ir a la escuela?»).

En invierno, Ezekiel cayó enfermo. Los niños caminaban de puntillas. La casa estaba fría y las ventanas cubiertas de hielo. Pasó mucho tiempo antes de que se pusiera bien. Y entonces una noche le dijo a Hannah que su patrón solo lo mantendría empleado si trabajaba los sábados. (Ezekiel era contable). El sobrino del patrón acababa de volver de Suiza y lo colocaron en el puesto de Ezekiel.

Hyam vino a su casa para la Fiesta del Purim y Ezekiel lo escuchó con sumo interés. Al día siguiente, Ezekiel y Hannah recogieron todas sus pertenencias. A última hora de la tarde llegaron dos trineos a su puerta. En uno colocaron los muebles; en el otro, cojines y colchas sobre los que sentarse. Abandonaron el patio y el jardín donde tan felices habían sido los niños. Todo el mundo salió a despedirlos. Sarah Yetta se echó a llorar, pero su padre sonrió y le dijo que se marchaban a un lugar maravilloso.

Iban a un pueblo llamado Znamenka. Los caballos eran buenos y avanzaban veloces. Al poco rato Sarah Yetta se sintió mareada, igual que su madre y sus hermanos. Pronto las casas desaparecieron, solo se veía la blanca nieve y el cielo azul.

Sarah Yetta se despertó en una habitación amplia. La cama de su madre estaba en un rincón; encima se apilaban sus colchones y almohadas de plumas. Entre las dos ventanas que daban a la calle vio la mesa grande y los bancos. Al otro lado de la estancia, la cómoda donde Hannah guardaba su ajuar. Cerca del horno de ladrillo estaba la mesa de la cocina.

A Sarah Yetta le dolía la cabeza. Su madre le anudó un pañuelo húmedo alrededor de la frente, y Sarah Yetta se vistió y fue hasta una de las ventanas. Las casas no estaban pegadas unas a otras; todas eran de una planta y tenían el techo de paja. De las chimeneas salían densas humaredas. Las mujeres que pasaban llevaban pañuelos de colores anudados a la cabeza. Sarah Yetta corrió junto a su madre.

—¡Todo el mundo tiene jaqueca en este espantoso lugar!
—gimoteó.

Hannah la besó y le explicó que era el tocado de las mujeres en Znamenka. Ella volvió a la ventana y contempló la

ancha calle. Pasaron varias vacas y caballos, y la gente parecía sana y robusta.

Después de cenar, Ezekiel dio a los niños la primera lección. Israel y Sarah Yetta se aplicaban a las lecciones con ilusión, pero Michael se aburría. En la ciudad lo habían mandado a la escuela de un maestro que le pegaba en la cabeza y lo dejó sordo. Al maestro se lo conocía como Berele, «el Demoledor». (Al final mató a un niño y lo mandaron a Siberia). Ezekiel explicaba una y otra vez las lecciones a Michael.

—Es peor que si lo hubiera matado —decía, hundiéndose en la silla.

Un día, Ezekiel vino a casa con el hombre que había estado en su casa de Elisavetgrado en la Fiesta del Purim. Estuvieron levantados hasta altas horas de la noche. Cuando Hyam se fue, Ezekiel parecía triste. Con el tiempo, Sarah Yetta entendió por qué se habían mudado a Znamenka y por qué su padre se quedó tan abatido. Siete años antes se había construido la primera vía de ferrocarril en Znamenka y los contratistas de suministros pronto se hicieron ricos. Había una segunda vía planificada, pero resultó que no abarcaba más que unos pocos kilómetros y no hubo oportunidad para que Ezekiel ganara dinero como contratista.

De algún modo debía ganarse la vida, y le aconsejaron que se hiciera vidriero: se iban a necesitar muchas ventanillas para los vagones del ferrocarril. Ezekiel tenía un amigo en Elisavetgrado que vendía material de vidriería y se marchó allí a aprender el oficio. Hannah y los niños se quedaron en Znamenka. Ella solía entretenerlos contándoles cuentos y jugando, pero Sarah Yetta a menudo la encontraba llorando mientras hacía sus labores.

Una noche, Sarah Yetta no podía dormir y observó a su madre desde la cama. Estaba haciendo unos remiendos a la luz de la vela y, cuando Sarah Yetta vio las lágrimas que caían de los ojos de su madre, enterró la cara en la almohada y lloró también. Cuando se despertó aún era de noche. Su padre estaba sentado a la mesa con su madre. Había traído al abuelo a Znamenka y el anciano caminaba por la estancia rezando sus oraciones. Una vez terminó, le preguntó a su nuera cómo estaba. Hannah contestó que estaría bien si no pasaran tantas estrecheces. Su suegro la miró con severidad.

—Una buena judía no se queja —le dijo—, sino que está agradecida y satisfecha a pesar de las estrecheces.

—Todo eso está muy bien en boca de un hombre cuando su familia vive con holgura, pero ¿qué voy a hacer en este páramo, sin una escuela para mis hijos? ¿Cómo voy a estar satisfecha?

—Si han de ser grandes hombres, lo serán aunque se críen en un páramo —contestó su suegro—. Tengo dos hijos. Quise hacerlos rabinos y les busqué a los mejores maestros de la ciudad. También tenía dos sobrinos, huérfanos, a los que críe en mi casa. Hice a uno sastre y al otro bonetero. Uno de ellos ahora es rico. Es dueño de caballos y carruajes, mientras que tu Ezekiel va con una mano detrás y otra delante.

Ezekiel habló por primera vez.

—Eso es por tu culpa.

Su padre se le encaró.

—¿Qué quieres decir?

Él sonrió.

—Ah, tan bien cuidaste de tu almacén y tu casa que hiciste de mí un pordiosero.

—Fue la voluntad de Dios —contestó su padre.

—Dios intervino tanto como yo. Tiene mejores ocupaciones que vigilarte para que no firmes una escritura en blanco y dejes que Spectorov, «el Usurero», se quede con tu casa.

Su padre tomó unos sorbos de té antes de volver a hablar.

—Nunca has sido creyente.

—¡Creyente! —gritó Ezekiel—. ¿Cómo voy a creer en esas cosas? ¡Un hombre te quita tus bienes como un vulgar ladrón y, porque reza tres veces al día, ni siquiera intentas recuperarlos!

—¿Cómo voy a recuperarlos? ¿Cómo voy a profanar el nombre de Dios llevando mi demanda ante los gentiles? ¿Crees que mandaré a un judío a Siberia en mi senectud?

—¿Qué temes? ¿Por qué no teme él ir a Siberia?

Pero Hannah le suplicó a su esposo que no dijera nada más.

Por la mañana el abuelo, Fivel Volsky, pasó revista a los varones, y luego a Sarah Yetta.

—Ay, ay, ay, ¿qué tiene Sarah Yetta en los ojos? —preguntó.

—Cuando Ezekiel se puso tan enfermo el invierno pasado —dijo su madre—, los niños tuvieron el sarampión. No les cogió muy fuerte. No me preocupé mucho por ellos; con Ezekiel no daba abasto. Mientras estaba enferma, Sarah Yetta fue a casa de una vecina; la trajeron de vuelta enseguida, por supuesto, pero ya era demasiado tarde. Estuvo casi ciega un año. Ahora está mejor.

—Habrás de vigilarle los ojos. Esto es muy malo para una chica.

A las doce retiraron el mantel blanco de la mesa y el abuelo empezó a instruir a los niños. El principio de la Biblia les pareció muy interesante. A partir de entonces la casa cobró vida. Otros tres niños y una chiquilla, de la edad de Sarah Yetta, vinieron a que el abuelo los instruyera.

Ezekiel Volsky había traído de Elisavetgrado una caja de vidrio y un cortador con la punta de diamante. Contaba con que su padre instruyera a los niños para poder dedicarse a trabajar. Pero los nuevos coches del tren llegaron con las ventanillas colocadas y mandaron a vidrieros de la Gran Rusia para el trabajo restante.

Hizo algunos negocios en el pueblo como intermediario de los tratantes de trigo. También trabajó aventando en la era. No le pagaban con dinero, sino con pollos, huevos, harina, semillas de lino y en otras especies. El trabajo no le complacía. No veía futuro para sus hijos en el pueblo. Discutía con su padre una y otra vez por la casa y el almacén que había tenido en propiedad, y ambos perdían los estribos.

—No deberías hablar así delante de los niños —le decía Hannah a Ezekiel—. Ya no tiene remedio, ¿por qué te exasperas y disgustas a tu padre?

—No puedo callarme —contestaba él—. Me ha dejado en la ruina.

Más adelante, Sarah Yetta supo la historia de la casa y del negocio de su abuelo. Su bisabuelo, Israel Volsky, era rico. Tenía una posada en Zezonova y un almacén de telas en Elisavetgrado. En la avenida principal de Elisavetgrado tenía una casa doble con tejado de hierro. El abuelo era su único hijo. Fivel se pasaba el día entero rezando y estudiando los libros sagrados, y su padre estaba contento de tener un hijo tan devoto.

Sin embargo, cuando el bisabuelo murió, el abuelo tuvo que hacerse cargo del negocio. Sarah Yetta no sabía qué había sido de la posada, pero regentar un negocio como Fivel Volsky pasó a ser un refrán en Elisavetgrado. Un hombre acudía a él y decía: «Tengo cuatro hijas ya criadas y tú tienes un almacén lleno de mercadería. No sé qué hacer: no tengo

dinero y ellas no tienen qué ponerse». Su abuelo escribía un pedido para que al hombre le dieran en el almacén lo que sus hijas precisaban. La esposa de Fivel protestaba, pero él decía: «Solo soy el cajero de Dios. Cuando la gente va por ahí descalza y hambrienta, ¿acaso debo esconder Su dinero?».

Entonces hubo un incendio y todos los comercios se quemaron. (En aquellos tiempos nadie en Elisavetgrado contaba con una póliza de seguro). Los otros comerciantes faltaron a sus compromisos y no pagaron sus cuentas; Fivel pagó a todo el mundo y se quedó sin blanca.

Aun así, todavía conservaba su casa. Alquiló la mitad a Moses Spectorov. El hijo menor de Spectorov estudiaba Derecho. Un día, gitanos y campesinos se enzarzaron a pelear en la calle. Spectorov y su hijo le preguntaron a Fivel si había visto la reyerta. En efecto, la había visto. «La policía nos está preguntando los nombres de los testigos. ¿Haces el favor de firmar esto?», y le dieron un papel en blanco. Fivel no pensó que Spectorov, que parecía tan devoto, fuera un timador. El hijo mayor de Fivel se había casado con la hija de una familia de otro pueblo y vivía allí. El más joven, Ezekiel, permaneció escondido hasta que pudieron pagar a alguien que fue al ejército en su lugar. Entonces se casó y volvió a Elisavetgrado para vivir en la parte de la casa que creía ocupada por los inquilinos, pero Spectorov le anunció que hacía cinco años que la casa no era de su padre.

Cuando Fivel se enteró de que mandarían a Spectorov a Siberia por falsificar la escritura, no quiso presentar una querrela. «No puedo mandar a prisión a un judío en gabardina —le dijo a su hijo—. Tú puedes vivir sin esta casa. El mundo es ancho, y Dios es grande. Él velará por ti».

Ezekiel no se conformó tan fácilmente con estar sin blanca. «No es mi obligación proveerte de riquezas», le dijo su

padre. «Me correspondía proveerte de conocimiento y enseñarte a ser un hombre recto. Y en eso cumplí». Spectorov no se quedó en la casa mucho tiempo. Se la vendió a un cura y se marchó a otra parte de la ciudad.

Ezekiel Volsky no tenía dinero para marcharse de Znamenka. Se mudó a una casa cerca de las vías del ferrocarril, que iban por un alto terraplén, y cuando pasaba un tren los niños corrían a verlo. En una hondonada delante de la casa había un arroyo y su pozo. Tenían un patio grande, con una puerta grande y recia. A la izquierda del pasillo había un amplio trastero, y a la derecha otra habitación amplia, con cuatro ventanas, dos hacia el patio, dos hacia la calle, y en esa estancia era donde cocinaban, comían, dormían, trabajaban y estudiaban.

El abuelo Fivel se sentaba a la cabecera de la larga mesa con su bonete negro, su chaqueta negra enguatada, bombachos negros de raso, medias blancas de lana y alpargatas negras. A su derecha se sentaba Jacob, el hijo del judío más rico del pueblo, y otros tres chicos; en el banco de enfrente estaban sus nietos, Michael e Israel, y por último, el hijo del herrero.

—Israel, ¿por qué no estás estudiando? —dijo el abuelo.

—Tengo hambre.

—Acabas de comer. Todo el mundo comió a la misma hora y nadie tiene hambre salvo tú.

—¿Qué he comido? Solo un mendrugo de pan de centeno.

—Deberías dar gracias a Dios por eso —dijo el abuelo, enojado. Luego se volvió hacia Jacob—. ¿Qué comiste tú?

Jacob puso una cara larga y, por complacer al abuelo de Israel, contestó:

—Sopa, con un solo fideo. —Los niños se echaron a reír—. Y ganso al horno, y...

—Se ha atiborrado —dijo el abuelo Fivel—. Hoy es jueves y aún no se sabe la lección. ¿Acaso es bueno comer tanto?

Hannah y Sarah Yetta estaban sentadas de espaldas al horno. Sarah Yetta hacía encaje y había acabado su sexta puntilla. Su madre estaba remendando calzones.

—Veo a través de ellos —dijo—. No caben más remiendos, todo son agujeros.

Tenía los ojos enrojecidos.

—¿Por qué lloras, mamá? —preguntó Sarah Yetta.

—Estaba pensando en una canción sobre una mujer que no tiene dinero para comprarles nada a sus hijos y cuyos hermanos la han olvidado.

—Si los padres educaran a sus hijas, las mujeres podrían escribir a sus hermanos. Mamá, si escribieras a tus hermanos, seguro que te ayudarían.

Hannah levantó la mirada de su costura y dijo:

—Niña mía, nadie más que Dios puede ayudarnos.

—Sí —dijo Sarah Yetta—. Recuerdo que en la historia del arca de Noé, el pájaro trae una ramita de olivo para demostrar que una hoja amarga de Dios es mejor que una dulce del hombre.

—El hombre pone mucho empeño, pero sirve de poco. —Entonces, volviéndose al abuelo Fivel, Hannah dijo—: ¿Has oído lo que ha dicho Sarah Yetta sobre la paloma y la hoja amarga?

El abuelo Fivel se acercó a ellas.

—Tiene la cabeza de su padre. Pero él no quiso estudiar la Torá, solo lenguas. —El abuelo Fivel se puso el abrigo—. Va a hacer mucho frío.

—¿Por qué no iba alguien a estudiar lenguas? —dijo Sarah Yetta—. El rey Salomón sabía muchas.

Su abuelo la miró.

—Se compara con el rey Salomón. Quise que su padre fuera rabino, pero en cambio estudió lenguas. ¿Qué provecho le han traído?

Sarah Yetta había acabado todas las puntillas.

—Llévaselas a Katrina —le dijo su madre— y pídele harina y patatas. Los niños han almorzado poco y apenas hay nada para la cena.

Katrina iba a casar a su hija y las puntillas eran para las toallas de la novia.

—Mira la escarcha que hay en la ventana, y papá no está en casa. Hace tanto frío que no sé cómo podrá atravesar los campos a caballo.

El abuelo Fivel mandó a Michael a por agua. Los otros niños salieron armando jolgorio a deslizarse por el hielo. Envuelta en el manto a rayas de su madre, Sarah Yetta fue a casa de Katrina y volvió con patatas, harina y una docena de huevos.

Su madre miró las patatas.

—¡Diantre! Son pequeñas como nueces. ¿Qué voy a hacer con ellas? Y no puedo preparar fideos con esta harina, es de centeno. El abuelo debe comer algo caliente y con enjundia esta noche. Hoy ha ayunado.

Sarah Yetta y su madre pelaron las patatas para hacer un guiso. El abuelo Fivel estaba rezando sus oraciones vespertinas. Los niños entraron corriendo y gritaron.

—Ha pasado un tren lleno de soldados con barba. La gente dice que se llevan a los hombres de más de treinta al ejército.

(Los rusos estaban en guerra con los turcos).

—Callaos ya —dijo el abuelo—. Volved a vuestros estudios.

Los chicos fueron a sentarse y empuñaron sus lápices.

Oyeron a Ezekiel en el patio. Entró acompañado de otro hombre, ambos con la cara salpicada por la nieve, cargando sacos de harina y de patatas.

Hannah y Ezekiel hablaron en susurros. Sarah Yetta se dio cuenta de que estaban preocupados y preguntó cuál era el problema. Su padre sonrió.

—Una chiquilla no debe saberlo todo —dijo.

Hannah fue a la cómoda y sacó su abrigo de seda. Ezekiel se lo puso bajo el brazo y salió de nuevo con el hombre. El abuelo Fivel le dijo a Michael que preparara el samovar y a los otros que se fueran a casa.

—Venid un poco más tarde mañana —les pidió.

Ezekiel volvió con una mujer ya madura, Dobrosh. Ella se quitó un gran abrigo de pieles y los chanclos que le cubrían los zapatos de fieltro. Llevaba un vestido azul y rojo a cuadros y un pañuelo rojo anudado alrededor de su cara rubicunda, afable. Dobrosh le dijo a Hannah que se tumbara y descansara, y empezó a trajinar en la casa. Hannah echó las cortinas de su cama. La mesa estaba puesta y los demás tomaron té. Ezekiel cenó con los niños.

—Ahora os iréis todos a acostar —dijo luego—. Esta noche no estudiaremos. Mamá no se encuentra bien y la casa debe estar en silencio.

Los demás se pusieron a dormir encima del horno, pero a Sarah Yetta le dolía la cabeza si dormía en un lugar tan caliente. Así que juntó los bancos y colocó encima un colchón de plumas. Cuando se despertó, su padre y su abuelo estaban recitando las oraciones de la mañana. Dobrosh estaba amasando el pan. Sarah Yetta se extrañó al ver un pollo de corral, listo para la cazuela encima de la mesa, y se puso a pensar en el abrigo empeñado de su madre, cuando oyó

un llanto extraño. Miró alrededor. Su padre y su abuelo la vieron.

—*Mazel tov* —dijeron («Buena suerte»)—. Tienes una hermanita.

Dobrosh fue a la cama y sacó a la criatura en una almohada.

—Uy, qué pequeña y morena es.

El abuelo Fivel sonrió.

—Descuida. Será una niña más bonita que tú.

—Ahora vuelve a la cama —le dijo su padre—. Es demasiado temprano para que estés levantada.

—Pero tengo que estudiar la lección —dijo Sarah Yetta.

Su abuelo suspiró.

—Ojalá los muchachos tuvieran esas mismas ganas. Y ella, casi ciega, se muere por estudiar.

Ezekiel estaba ayudando a Sarah Yetta con su lección cuando entró el hijo del terrateniente. Su gorro y su abrigo eran de piel de astracán. Largos carámbanos le colgaban del bigote y la barba.

—¿De dónde vienes tan temprano, Antushka? —preguntó Ezekiel.

Antushka se quitó el gorro, se desató el cinturón del abrigo y se sacudió la nieve. Llevaba una blusa roja y una faja con abalorios bordados, y calzaba unas botas de cuero negro. Se sentó y se echó a llorar.

—¿Qué pasa, Antushka? —preguntó Ezekiel.

Antushka se secó las lágrimas con los puños del abrigo.

—Acabo de entregar a mi hermano menor al ejército. No puedo volver a casa, por su esposa. ¿Cómo voy a mirarla a la cara? Hace solo dos semanas que dio a luz. Ah, hermanos, hermanos... —Y empezó a sollozar.

Todos tomaron té. Salió el sol. Antushka y Ezekiel se mar-

charon. Dobrosh cuidó de Hannah. A las dos de la tarde mandaron a los niños a casa y se preparó la mesa para el *sabbat*. Dobrosh preguntó al abuelo Fivel cómo iba su nieto Jacob.

—No sé qué hacer con él —dijo el abuelo Fivel—. Es como mi nieto Michael. Un maestro le dio tal golpe a Michael en un oído que el otro le sangró. Desde entonces no oye bien. Dios sabe qué suerte correrá de mayor. Pero Jacob es corto de nacimiento.

Trajeron paja fresca para cubrir el suelo. Dobrosh puso dos hogazas de pan blanco en la mesa y se prendieron las velas.

Por la mañana, cuando aún estaba oscuro, oyeron unos golpecitos en la ventana. Era Simon Rubinov, el sobrino del abuelo Fivel. Acababa de mudarse a Znamenka para meterse en el negocio del tío de su esposa.

Ezekiel, Fivel y Simon tenían mucho que hablar.

—Tío —Simon le dijo a Fivel, al cabo—, tendrás que instruir a mi hijo mayor, Saul.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Fivel.

—Seis. Me gustaría que Saul se quedara aquí.

El abuelo Fivel le dijo que podía traer a su hijo en un par de semanas. Hannah ya se habría levantado de la cama.

Unas semanas después, Hannah salió a dar su primer paseo. El abuelo Fivel vigilaba a los niños mientras escribían y Sarah Yetta cuidó de la criatura. Empezó a entonar una nana y el abuelo se volvió hacia ella.

—Cantas bien, pero deberías saber que una mujer no ha de cantar delante de los hombres —dijo señalando a los niños, y sonrió.